

	PÁGINAS
XXV.—Renato de la Estorade á Luisa de Chaulieu.	221
XXVI.—Luisa de Macumer á Renato de la Estorade.	223
XXVII.—La misma á la misma.	227
XXVIII.—Renato de la Estorade á Luisa de Macumer.	232
XXIX.—El señor de la Estorade á la baronesa de Macumer.	236
XXX.—Luisa de Macumer á Renato de la Estorade.	237
XXXI.—Renato de la Estorade á Luisa de Macumer.	239
XXXII.—La señora de Macumer á la señora de la Estorade.	245
XXXIII.—La señora de la Estorade á la señora de Macumer.	248
XXXIV.—La señora de Macumer á la vizcondesa de la Estorade.	249
XXXV.—La misma á la misma.	249
XXXVI.—La vizcondesa de la Estorade á la baronesa de Macumer.	252
XXXVII.—La baronesa de Macumer á la vizcondesa de la Estorade.	256
XXXVIII.—La vizcondesa de la Estorade á la baronesa de Macumer.	257
XXXIX.—La baronesa de Macumer á la vizcondesa de la Estorade.	258
XL.—La condesa de la Estorade á la baronesa de Macumer.	259
XLI.—La baronesa de Macumer á la condesa de la Estorade.	264
XLII.—Renato á Luisa.	265
XLIII.—La señora de Macumer á la señora de la Estorade.	266
XLIV.—La misma á la misma.	267
XLV.—Renato á Luisa.	268
XLVI.—La señora de Macumer á la condesa de la Estorade.	275
XLVII.—Renato á Luisa.	278
SEGUNDA PARTE	
XLVIII.—La baronesa de Macumer á la condesa de la Estorade.	279
XLIX.—María Gastón á Daniel D'Arthez.	288
L.—La señora de la Estorade á la señora de Macumer.	290
LI.—La condesa de la Estorade á la señora de María Gastón.	291
LII.—La señora de Gastón á la señora de la Estorade.	296
LIII.—La señora de la Estorade á la señora de Gastón.	302
LIV.—La señora de Gastón á la señora de la Estorade.	305
LV.—La condesa de la Estorade á la señora de Gastón.	314
LVI.—La señora de Gastón á la condesa de la Estorade.	316
LVII.—La condesa de la Estorade al conde de la Estorade.	317

UNA HIJA DE EVA

Á LA SEÑORA CONDESA BOLOGNINI

APELLIDADA VIMERCATI

Señora: Si recuerda usted el placer que su conversación causaba á un viajero cuando le recordaba París en Milán, no le extrañará seguramente verle demostrar su agradecimiento por las buenas veladas que pasó á su lado, poniendo á sus pies una de sus obras y rogándole que la proteja con su nombre, como hizo antaño con varios cuentos de un antiguo escritor nuestro, muy apreciado por los milaneses. Usted tiene una Eugenia, hermosa ya, cuya graciosa sonrisa anuncia que ha heredado de usted los dones más preciosos de la mujer, y que, indudablemente, gozará en su infancia de todas las felicidades que una mala madre negaba á la Eugenia que figura en esta obra. Ya ve usted que, si á los franceses se les tacha de ligereza y de olvido, yo soy italiano por la constancia y el recuerdo. Muchas veces, escribiendo el nombre Eugenia, mi pensamiento me ha trasladado á aquel fresco salón estucado y á aquel jardinito, á lo *Vicolo dei Capuccini*, testigo de las risas de aquella querida niña, de nuestras disputas y de nuestros relatos. Ha dejado usted el *Corso* por los *Tra Monasteri*; no sé cómo estará usted ahí, y me veo obligado á creerla, no ya en medio de las bonitas cosas que sin duda la rodean, sino como una de esas hermosas figuras debidas á Carlo Dolci, Rafael Ticiano y Altori, figuras que están tan lejos de nosotros que parecen abstracciones.

Si este libro logra pasar los Alpes, probará á usted el vivo agradecimiento y respetuosa amistad

De su humilde servidor,

DE BALZAC.

A las once y media de la noche, en uno de los palacios más hermosos de la calle Neuve-des-Mathurins, estaban sentadas dos mujeres ante la chimenea de un gabinete tapizado de ese terciopelo azul de suaves y matizados reflejos que la industria francesa no logró fabricar hasta estos últimos años. Uno de esos tapiceros que son verdaderos artistas, había provisto á puertas y ventanas de esas blandas cortinas de cachemir azul semejante al de los tapices. Una lámpara de plata, adornada con turquesas y suspendida de tres cadenas admirablemente trabajadas, pendía del centro de un rosetón que había en me-

dio del techo. Este sistema de decorado brillaba en los más insignificantes detalles, sin olvidar el techo cubierto de seda azul con estrellitas de cachemir blanco y con grandes bandas de este mismo tejido que caían á distancias iguales sobre el tapiz, sujetas con abrazaderas de color perla. Los pies gozaban allí del agradable contacto de una alfombra belga de abrigado tejido, espesa como un césped, y de fondo gris sembrado de ramilletes azules. El mobiliario, esculpido en madera de palisandro y hecho con arreglo á los modelos más hermosos de la antigüedad, realzaba con sus ricos tonos la insipidez de este conjunto, un tanto demasiado *desentonado*, como diría un pintor. El respaldo de las sillas y de los sofás estaba forrado de seda blanca salpicada de flores azules y teniendo por margen multitud de hojitas talladas en la madera. A ambos lados de la ventana, sendos aparadorcitos mostraban sus mil preciosas bagatelas, flores del arte mecánico que brotaron al calor del pensamiento. Sobre la chimenea, de mármol turquí, las porcelanas más extravagantes de la antigua Sajonia, esos pastores, que son el eterno regalo de bodas y que llevan en la mano delicados ramilletes, especie de trabajo chinesco elaborado en Alemania, rodean á un reloj de platino esmaltado en negro con multitud de arabescos. Sobre este reloj brilla la luna de un espejo de Venecia con marco de ébano, lleno de figuras de relieve, y procedente, al parecer, de alguna antigua residencia real. Dos jardineras representan allí al enfermizo lujo de los invernaderos y de esas pálidas y divinas flores, verdaderas perlas de la botánica. En este gabinete frío, ordenado é intachable, cual si hubiera de ponerse en venta, habríais buscado en vano ese maligno y caprichoso desorden que es signo seguro de felicidad doméstica. Todo en él estaba en armonía, pues es de notar que entrambas damas lloraban. Todo parecía sufrir allí. El nombre del propietario, Fernando de Tillet, uno de los banqueros más ricos de París, justifica el lujo desenfundado que el palacio ostenta, del cual este gabinete es sólo una especie de programa. Aunque no tenía un nombre ilustre, y sí sólo una fortuna adquirida Dios sabe cómo, de Tillet contrajo matrimonio, en 1871, con la hija menor del conde de Granville, uno de los nombres más célebres entre la magistratura francesa, y que llegó á ser par de Francia después de la Revolución de julio. Este matrimonio, de mera ambición, lo compró el opulento banquero renunciando en el contrato de esponsales á una dote que dió por recibida, dote tan conside-

rable como la que obtuvo la hermana mayor de su esposa, casada con el conde Félix de Vandenesse. Por su parte, los Granville habían logrado esta alianza gracias á la enorme suma con que dotaron á la novia. De este modo, la banca cerró la brecha abierta á la magistratura por la nobleza. Si el conde de Vandenesse hubiese podido adivinar, tres años antes, que había de verse emparentado con un señor Fernando *apellidado* de Tillet, tal vez no se habría casado; pero á fines de 1828 ¿qué hombre podía prever los extraños trastornos que el 1830 había de ocasionar en el estado político, en las fortunas y en la moral de Francia? Plaza de loco habría pasado el que hubiese dicho entonces al conde Félix de Vandenesse que, en estas subidas y bajadas, perdería su corona de par y que ésta reaparecería sobre las sienes de su suegro.

Echada sobre una de esas sillas bajas llamadas *chauffeuses*, en la actitud de una mujer extremadamente atenta, la señora de Tillet apretaba contra su pecho con maternal ternura y besaba de cuando en cuando en la mano de su hermana la señora de Félix de Vandenesse. Entre la alta sociedad, al tratarse de esta dama, solía unirse al nombre de familia el de bautismo de su esposo, para distinguirla de su cuñada, la marquesa, mujer del antiguo embajador Carlos de Vandenesse, quien se había casado con la rica viuda del conde de Kergarouet, señorita de Fontaine. Medio recostada en un sillón confidente, con un pañuelo en la mano que le quedaba libre, embargado el aliento por sollozos reprimidos y humedecidos los ojos, la condesa acababa de hacer algunas de aquellas confidencias que tan sólo se hacen entre hermanas, cuando esas hermanas se aman, y contad que aquéllas se amaban entrañablemente. Vivimos en tales tiempos, que entre dos hermanas casadas en semejantes condiciones, bien podría suceder todo lo contrario, por lo que el fiel historiador se encuentra en el deber de explicar las causas de esta ternura, conservada sin manchas ni desgarros á través de las sociales discordias y del profundo desdén que sus maridos mutuamente se inspiraban. Un rápido bosquejo de su infancia bastará para explicarnos su situación respectiva.

Educadas en un sombrío palacio del Marais por una mujer devota, de menguados alcances, que con sólo sentirse *penetrada de sus deberes* (frase clásica), daba por cumplida la principal tarea de una madre para con sus hijas, María Angélica y María Eugenia alcanzaron la hora de su matrimonio, la primera á los veinte años y á los diez y siete la segunda,

sin que jamás hubiesen traspuesto la zona doméstica, en donde se cernía de continuo la mirada materna. Hasta entonces no habían asistido á un solo espectáculo, siendo las iglesias de París sus únicos teatros. En una palabra, la educación que recibieron al lado de su madre, no hubiera sido más rigurosa en el recinto de un claustro. Desde la tierna edad de la razón durmieron siempre en un cuarto contiguo al de la condesa de Granville, cuya puerta permanecía constantemente abierta durante la noche. El tiempo que no absorbían sus deberes religiosos, los estudios necesarios y propios de jóvenes bien nacidas ó el cuidado de sus personas, lo empleaban ordinariamente haciendo labores á la aguja en favor de los pobres, ó emprendiendo algún paseo del género de aquellos que se permiten los ingleses los domingos, cuando dicen: «No andemos tan aprisa, pues pueden figurarse que vamos á divertirnos.» Tocante á su instrucción, no traspasó los límites impuestos por confesores escogidos entre los eclesiásticos menos tolerantes y más jansenistas. Es imposible que jóvenes más puras ni más vírgenes fueran entregadas á sus maridos: en este punto, muy esencial por otra parte, parecía haber cifrado su madre el cumplimiento de todos sus deberes para con el cielo y el mundo. Entrambas pobrecitas criaturas, antes de su enlace no habían leído novelas, ni dibujado más que figuras, cuya anatomía hubiera parecido inverosímil á Cuvier y que estaban grabadas de modo que el mismísimo Hércules Farnesio habría sido un ser afeminado. Una anciana solterona les enseñó el dibujo. Un respetable sacerdote les daba lecciones de gramática, historia, lengua francesa, geografía y un poco de aritmética, todo lo menos que necesita una mujer. Sus lecturas, escogidas entre libros autorizados, tales como las *Cartas edificantes* y las *Lecciones de Literatura* de Noël, tenían lugar todas las noches en voz alta ante el director espiritual de su madre, pues fácilmente habrían podido deslizarse ciertos pasajes, que, sin prudentes comentarios, tal vez habrían despertado su imaginación de un modo desmedido. El *Telémaco*, de Fenelón, era una de las obras que juzgaron como peligrosas. La condesa de Granville amaba demasiado á sus hijas para que intentara convertirlas en ángeles semejantes á María Alacoque; pero de todos modos, las muchachas habrían preferido tener una madre menos virtuosa y más expansiva. Semejante educación debía dar sus frutos. Impuesta como un yugo y presentada bajo las formas más austeras, la religión cansó,

con sus prácticas, á sus jóvenes é inocentes corazones, á fuerza de verse tratadas cual si hubiesen sido criminales; y al comprimir en ellas todos los sentimientos, si bien logró echar profundas raíces, no dejó la huella del menor afecto. Las dos Marías debían acabar por ser imbéciles ó por anhelar su independencia; así, pues, desearon ardientemente el matrimonio, desde que les fué dable entrever el mundo, y comparar algunas ideas entre sí; pero las pobrecillas no tenían siquiera la presunción de su valer, ni de sus conmovedoras gracias, y si ignoraban su propio candor ¿qué idea podían tener de la vida? Desarmadas contra la desgracia é inexpertas ante la ventura, en el seno de este calabozo materno, todo consuelo engendraba en sí mismas. Sus dulces confidencias de todas las noches, hechas á hurtadillas, y las frases que cambiaban, apenas su madre las dejaba á solas, contenían mayor número de ideas que de palabras. A menudo, una sola mirada oculta á todos los ojos, y por medio de la cual sabían comunicarse sus emociones, era una especie de poema impregnado de amarga melancolía. La vista de un cielo sereno, el perfume de las flores y una vueltecita por el jardín, enlazadas del brazo, les causaban placeres inauditos. La última puntada en un bordado era un manantial de goces inocentes. Las visitas de su madre, lejos de ofrecer algún recurso á su corazón ó de estimular su ingenio, no hacían más que ennegrecer sus ideas y contristar sus sentimientos, pues se componían generalmente de mujeres viejas, inflexibles, rígidas, sin gracia alguna, cuya conversación versaba de ordinario sobre predicadores y directores de almas, leves achaques é indisposiciones, y sobre aquellos acontecimientos religiosos más imperceptibles, que pasaba en silencio el *Cotidiano* y el *Amigo de la Religión*. En cuanto á los hombres que frecuentaban la casa, el más bello habría apagado con su sola presencia las antorchas del amor, de tal modo parecían fríos y tristemente resignados. Todos ellos habían alcanzado ya esa edad del mal humor y del tedio, en la cual la sensibilidad se excita sólo en la mesa, y no se separa un instante de cuantos objetos conciernen al bienestar material. El egoísmo religioso había secado todos aquellos corazones, consagrados al deber y atrincherados en las prácticas religiosas. Solían ocupar las veladas en silenciosas sesiones de juego; y las pobres muchachas, ángeles desterrados en aquel *sanhedrín* que reunía la severidad materna, parecía como que sintieran un impulso de odio contra aquellos desoladores visitantes de ojos

hundidos y semblante enjuto. En el fondo de aquellas tinieblas sólo se dibujó vigorosamente una imagen de hombre: la de un maestro de música. Después de acordar los confesores que la música era un arte cristiano, nacido en el seno de la Iglesia católica y á su calor desarrollado, permitieron que entrambas muchachas la aprendieran. Una señorita con anteojos, profesora de solfeo y piano en un convento vecino, acabó por rendirlas á fuerza de ejercicios; pero cuando la mayor de sus hijas cumplió los diez años, el conde de Granville demostró la conveniencia de que se tomara un profesor, y su señora esposa dió todo el valor de una obediencia conyugal á esta necesaria concesión, pues entra siempre en el espíritu de las devotas eso de hacer mérito de cuantos deberes van llenando. El profesor elegido fué un alemán católico, uno de esos hombres que nacen viejos; pero que, en cambio, á los ochenta años aparentan tener cincuenta todavía. Su rostro enjuto, arrugado y moreno conservaba algo de infantil y cándido entre matices oscuros. El azul de la inocencia animaba sus ojos y la alegre sonrisa de la primavera rizaba sus labios. Sus cabellos canosos, divididos naturalmente como los de un Cristo, añadían á su aire estático un no sé qué de solemne, que engañaba sobre su verdadero carácter, pues habría hecho una tontería cualquiera sin perder por eso la solemne gravedad que le distinguía. Su traje se reducía á lo más necesario: una envoltura que no merecía de él la menor atención, pues paseaba demasiado los ojos por las nubes para que se preocupara por semejantes materialidades. De modo que este grande y desconocido artista pertenecía á la clase siempre simpática de los distraídos, que entregan sus horas y si es menester su alma al prójimo, con la misma facilidad con que dejan olvidados sus guantes sobre todas las mesas y el paraguas en todas las puertas. Sus manos eran de aquellas que, hasta después de lavadas, parecen sucias. Finalmente, su cuerpo, mal asentado sobre nudosas piernas que demostraba hasta qué punto puede el hombre convertirlo en mero accesorio del alma, pertenecía á esas extrañas concepciones que sólo un alemán ha sabido describir, Hoffmann, el poeta de todo lo que, sin trazas de existencia, tiene no obstante vida. Tal era Schmuke, antiguo y sabio maestro de capilla del margrave de Anspach, quien, al encargarse de la instrucción musical de las niñas, pasó previamente por un consejo de devoción, que, entre otras cosas, le preguntó si guardaba los ayunos. El maestro tuvo ganas de contestar: «—¿No lo están

viendo, señores, en mi enjuto semblante?» pero ¿quién se atreve á meterse en bromas, ante un concurso de devotos y de directores jansenistas? Este anciano apócrifo llegó á ocupar tanto espacio en la vida de las dos hermanas, y fué tanta y tan grande la amistad de sus discípulas, que logró conseguir, con su candidez y amor al arte, que después de su matrimonio éstas le consignaran trescientos francos en renta vitalicia cada una, cuya suma le bastó para alquiler de casa, ropas, cerveza y tabaco. Con esa renta de seiscientos francos y lo que sus lecciones le producían, convirtióse su existencia en un verdadero Edén. Nunca Schmuke tuvo valor suficiente para confiar sus miserias y aspiraciones más que á entrambas adorables jóvenes, á aquellos corazones que florecían bajo la nieve de los maternos rigores y el hielo de la devoción. Este hecho lo explica todo: la personalidad de Schmuke y la infancia de las dos Marías. Nadie pudo averiguar qué abate ó qué santurróna había descubierto á este alemán, perdido en la inmensidad de París; pero desde que las madres de familia supieron que la condesa de Granville había encontrado profesor de música para sus hijas, todas se enteraron de su nombre y dirección, y al poco tiempo y sin moverse del Marais, tuvo Schmuke treinta lecciones. Este éxito, algo tardío, se manifestó exteriormente en el maestro con zapatos de hebillas de acero bronceado, forrados de plantillas de crin y con la camisa algo más limpia que de ordinario. Su ingenuo gracejo, desde largo tiempo comprimido por una noble miseria sobrellevada con decencia, reapareció muy pronto, permitiéndose ciertas ingeniosas frasecillas cortadas por este patrón: «—Señoritas, esta noche los gatos se han comido el lodo de París,» cuando durante la noche la helada había secado las calles, cenagosas la víspera; sólo que empleaba cierto patuá franco-germánico, en esta forma: «—*¡Montemisselle, lé chas honte manché lâ gröttenne tan Bári sti nouitte!*—Satisfecho de encontrar para aquellos dos ángeles esta especie de *vergiss mein nicht*, escogido entre las flores de su ingenio, adoptaba al ofrecerlo un aire tan dulce y espiritual, que desarmaba todo intento de burla. Se sentía tan dichoso con arrancar una sonrisa de los labios de sus discípulas, cuya triste existencia había adivinado, que de intento se hubiera hecho ridículo, á no serlo ya naturalmente; de todo corazón habría renovado las más populares vulgaridades; habría, en una palabra, empleando una bellísima expresión del difunto Saint-Martin, dorado el mismo cieno con el reflejo de

su sonrisa. Obedeciendo á uno de los más nobles principios de la educación religiosa, las dos Marías, después de la lección, le acompañaban, llenas de respeto, hasta la puerta del aposento, y una vez allí, las pobrecillas le dirigían algunas dulces frases de despedida, contentas al ver que le hacían dichoso. ¡Ah! ¡Es que sólo con él podían mostrarse mujeres! Hasta el día de su matrimonio, la música fué para ellas una nueva vida dentro de la vida, del mismo modo que el campesino ruso toma, según se dice, sus bellos sueños por realidades y su dura existencia por una pesadilla. En su deseo de defenderse contra las pequeñeces y las devoradoras ideas ascéticas que amenazaban aniquilarlas, lanzáronse sobre las dificultades del arte musical, hasta vencerlas ó estrellarse en ellas. Melodía, armonía, composición, esas tres hijas del cielo, cuyo coro les hizo admirar el viejo fauno católico, ébrio de música, que les servía de mentor, gratificaron sus esfuerzos, rodeándolas de una muralla impenetrable en sus aéreas danzas. Mozart, Beethoven, Glück, Paësiello, Cimarosa, Haydn y otros genios secundarios, desarrollaron en ellas mil sentimientos que, sin traspasar nunca el casto recinto de sus velados corazones, las iniciaron en sus creaciones, á través de las cuales volaron con raudas alas. Al ejecutar algunos trozos con toda perfección, estrechábanse las manos y se abrazaban extasiadas. Su viejo profesor les llamaba cariñosamente sus santas Cecílias.

Las dos Marías no asistieron á baile alguno hasta la edad de dieciséis años, y desde entonces fueron únicamente cuatro veces al año á algunos salones escogidos. Pegadas al lado de su madre, se las había pertrechado suficientemente de instrucciones acerca de la conducta que debían observar con los jóvenes que las sacaran á bailar, las cuales eran tan severas, que sólo podían contestar á sus preguntas y galanteos con un sí ó un no. La mirada de la condesa no se separaba de ellas un instante, y hubiérase dicho que leía sus palabras en el simple movimiento de sus labios. Las pobrecillas vestían irrepugnables trajes de baile de muselina, cerrados hasta la barba, sumamente holgados y con mangas hasta la muñeca. Comprimidas sus gracias y velada su belleza, les daba este traje un vago parecido con las jaretas egipcias; no obstante, brotaban de aquellas envolturas de algodón dos semblantes llenos de la más deliciosa melancolía. La dulce piedad que á su paso solían inspirar las ponía tristes, pues ¿qué mujer, por cándida que sea, no apeetece ser admirada y pretendida? Ni un pensa-

miento peligroso, insano ó simplemente equívoco manchó nunca el albo pulpo de sus cerebros: sus corazones eran la misma pureza, y sus manos, horriblemente encarnadas, reventaban de salud. De fijo no salió Eva más inocente de las manos del Creador, que aquellas dos jóvenes de la casa materna cuando fueron conducidas á la alcaldía y á la iglesia, con la sencilla, pero espantosa recomendación de que debían obedecer en todo y por todo á los hombres con los cuales iban á dormir ó á velar toda la noche. Pero, á su modo de ver, era imposible que en la casa que les esperaba se hallaran peor que en el convento materno. ¿Por qué el padre de aquellas dos muchachas, el conde de Granville, aquel grande, sabio é íntegro magistrado, ciega víctima alguna vez de la política, no las protegía contra un despotismo tan abrumador? ¡Ah! en virtud de una memorable transacción, convenida después de diez años de matrimonio, los esposos vivían separados en su propia morada, y el padre se reservó la educación de los niños, dejando á la madre la de las niñas, por considerar el conde mucho menos peligrosa para las mujeres que para los hombres la aplicación de aquel opresor sistema. Las dos Marías, destinadas á soportar siempre una tiranía ú otra, la del amor ó la del matrimonio, perdían menos que los muchachos, cuya inteligencia debía permanecer libre, y cuyas cualidades habrían podido deteriorarse bajo la violenta compresión de las ideas religiosas llevadas hasta las últimas consecuencias. De cuatro víctimas, el conde salvó dos. La condesa, al ver á sus dos hijos consagrados el uno á la magistratura inamovible y á la amovible el otro, les tenía por harto mal educados para permitirles la menor intimidad con sus hermanas; de modo que entre los hijos de esta familia las comunicaciones estaban severamente interrumpidas. Además, cuantas veces salían los niños del colegio, el conde se guardaba mucho de tenerlos en casa, y todo lo más que les permitía era que almorzasen en compañía de su madre y hermanitas; les proponía después alguna diversión externa, y cuando no los teatros y museos, una partida de campo distraía sus ocios. Escepción hecha de las solemnes festividades de familia, tales como el cumpleaños de la condesa ó de su padre, los primeros días de año ó los de distribución de premios, en que ambos muchachos dormían en el hogar paterno, sin que su timidez les permitiera dar un beso á sus hermanas, por otra parte vigiladas severamente por la condesa, se familiarizaron éstas tan poco con sus her-

manos, que entre ellos era imposible que existiera vínculo alguno. En tales días las preguntas de la madre eran más frecuentes que nunca: —¿Dónde está Angélica?—decía.—¿Qué está haciendo Eugenia? ¿Dónde han ido mis hijas? La condesa no oía hablar de sus hijos sin levantar al cielo sus ojos fríos y macerados, como para pedirle perdón á Dios por no haberlos arrancado á la impiedad. Sus exclamaciones y reticencias con este motivo, equivalían á los más lamentables versículos de Jeremías, y engañaban á las dos muchachas que, con la mayor buena fe, llegaron á creer que sus hermanos estaban pervertidos y perdidos para siempre. Cuando aquellos jóvenes cumplieron diez y ocho años, su padre mandó disponer dos bufetes en su departamento, haciéndoles practicar, bajo la inmediata dirección de un abogado, su secretario particular, encargándole que les iniciara en los secretos de su porvenir. Así se explica que las dos Marías no conocieran la fraternidad más que en abstracto y que cuando se casaron, por ser el uno abogado general en un tribunal de justicia de un punto algo lejano, y estar el menor encargado en provincia de defender un pleito importante, se vieran imposibilitados de asistir á ninguna de entrambas bodas, retenidos cada vez por graves ocupaciones. Muchas son las familias que uno se imagina íntimamente unidas y viviendo en completa cohesión, en que sucede algo de esto: los hijos varones, por lo común, permanecen lejos de la casa paterna, ocupados en labrarse un porvenir consagrados al servicio del país, en tanto que las hijas se ven inopinadamente envueltas en un torbellino de intereses domésticos, ajenos al suyo propio. Todos los miembros viven entonces disgregados y olvidándose entre sí, unidos sólo por los débiles lazos del recuerdo, hasta el instante en que el orgullo les llama ó el interés los reúne, ó algunas veces acaba por separarlos de corazón como lo han sido de hecho. Una familia, verdaderamente unida en cuerpo y alma, es una excepción algo rara en el día; la ley moderna, al multiplicar la familia por la familia, ha creado la más funesta de las plagas: el individualismo.

Entre la profunda soledad en que se deslizó su juventud, Angélica y Eugenia raras veces vieron á su padre, cuyo semblante mostrábase, por otra parte, bien triste, siempre que visitaba el departamento de su esposa, situada en los bajos del palacio. Casi nunca perdía el grave y solemne continente del magistrado sentado en su sillón. Cuando hubo pasado para las pobres muchachas la edad de los juguetes, cuando

principiaron á hacer uso del discernimiento, á eso de los doce años, época en la cual ya no les era dable reirse del viejo Schmuke, sorprendieron el secreto de los cuidados que arrugaban la frente del conde, descubriendo bajo su severa máscara los vestigios de un buen natural y de un carácter sumamente atractivo. Comprendieron al punto que en su hogar había cedido ante la religión, engañado en sus esperanzas de esposo, y herido también en las fibras más delicadas de la paternidad: en el amor hacia sus hijas. Semejantes dolores conmueven singularmente á las jóvenes privadas de ternura. ¡Cuántas veces, dando una vuelta por el jardín, con los brazos pasados en torno del delicado talle de sus hijas, una á cada lado, moderando sus pasos para no precipitar los infantiles de las dos Marías, se paraba junto á una espesura, para besarlas una tras otra en mitad de la frente! Sus ojos, su boca, todo su rostro expresaba entonces la más profunda lástima.

—Ya sé que no sois felices—les decía,—pero yo miraré de que os caséis temprano, y no podéis figuraros lo contento que estaré al veros salir de esta casa.

—Papá—exclamaba Eugenia,—estamos decididas á tomar por marido al primero que se nos presente.

—¡Ah!—decía el padre.—¡Ved aquí el amargo fruto de semejante sistema! ¡Quieren hacer de ellas unas santas y obtienen sólo unas...

Y dejaba la frase sin concluir.

Muchas veces las dos muchachas comprendían la viva ternura que encerraban los adioses de su padre ó sus miradas, cuando por casualidad éste comía en familia. Este padre, que tan raras veces se mostraba á sus ojos, les inspiraba suma compasión, y sabido es que se ama á aquéllos á quienes se compadece. La severa y religiosa educación que recibieron fué causa del matrimonio de entrambas, soldadas entre sí por la desdicha, como Rita y Cristina lo fueron por la naturaleza. Son muchos los hombres, partidarios del matrimonio, que prefieren una joven salida del convento y saturada de piadosa devoción, á cualquiera otra instruída en las doctrinas del mundo. No existe en ello término medio: ó bien un hombre se casa con una joven de vasta instrucción, cansada de leer periódicos y comentarlos, de bailar el wals ó el galop en brazos de mil jóvenes, de asistir á todos los espectáculos y de devorar novelas, jóvenes de rodillas dislocadas por las lecciones de un maestro de baile, indiferentes ó tibias en religión y con

una moral hecha para su uso, ó bien con jóvenes ignorantes, pero puras, tales como María Angélica y María Eugenia. Tal vez existe el mismo peligro con las unas que con las otras; no obstante, la inmensa mayoría de los aspirantes al matrimonio que no tienen la edad de Arnolfo, prefieren una Inés religiosa á una verde Celimenes. Las dos Marías, pequeñas y delgaditas, tenían la misma estatura, un mismo pie, una misma mano. Eugenia, la más joven, tenía el pelo rubio como su madre; Angélica lo tenía negro como su padre; pero entrambas mostraban la misma tez: un cutis de ese color blanco nacarado, que anuncia la riqueza y pureza de la sangre, jaspeado con matices vivamente destacados sobre un tejido que rivaliza con el del jazmín, fino, terso y suave al contacto. Los ojos azules de Eugenia y los negros de Angélica estaban animados de una expresión de cándido descuido, de impremeditado asombro, perfectamente manifestado en la manera vaga con que flotaban sus pupilas sobre el blanco fluido de sus ojos. Eran bien conformadas: sus hombros, algún tanto flacos, más tarde debían modelarse. Sus gargantas, castamente veladas tanto tiempo, fueron por sus perfecciones encanto y asombro de todas las miradas, cuando sus maridos les rogaron por primera vez que las descubrieran para ir al baile. Los dos esposos saborearon, con este motivo, ese mágico rubor que, hasta á puerta cerrada, sonrojó durante toda la noche á aquellas inocentes criaturas.

Al comienzo de la presente escena, en la cual la mayor lloraba, dejándose consolar por su hermana, ofrecían sus manos y brazos la blancura de la leche. Entrambas eran madres, y habían criado la una un niño y la otra una niña. Siempre Eugenia pareció á su madre algún tanto atolondrada, lo cual había hecho que redoblara para con ella su atención y severidad, al paso que á sus ojos, Angélica, por su carácter noble y altivo, indicaba tener un alma exaltada y propia, por lo tanto, para guardarse á sí misma. Eugenia parecía tener necesidad de que la contuvieran. Existen en el mundo criaturas encantadoras maltratadas por la suerte, en cuya vida todo debería triunfar, las cuales alientan y mueren desgraciadas, torturadas por un mal genio y víctimas de circunstancias imprevistas. Era una de tantas la inocente, la graciosa Eugenia, quien había caído bajo el maligno despotismo de un advenedizo, al salir de la cárcel materna. Por el contrario, Angélica, con una organización propia para las grandes luchas del sentimiento,

se vió elevada hasta las más altas esferas de la sociedad parisiense, gozando de completa libertad. La señora de Vandenesse, sucumbiendo evidentemente al peso de penas harto excesivas para su alma, cándida todavía después de seis años de matrimonio, estaba sentada con las piernas medio plegadas, abatido el cuerpo y la cabeza como extraviada, descansando sobre el respaldo del sillón confidente. Acudió á ver á su hermana, tras una breve aparición en los Italianos; entre sus trenzas guardaba todavía algunas flores, mientras las demás yacían esparcidas por la alfombra, junto con sus guantes, el ropón de seda forrado de pieles, el manguito y el capuchón. Brillantes lágrimas, entremezcladas con las perlas que adornaban su blanco seno, y lo húmedo de sus ojos, anunciaban extraordinarias y conmovedoras confidencias. ¿No son horribles estos pesares en medio de tanto lujo? La infeliz apenas se sentía con fuerzas para seguir hablando.

—Pobrecita mía—exclamó la señora de Tillet—¡cuán falsa idea te has forjado de mi enlace, cuando has pensado en mí para que te socorriera!

Al oír esta frase, arrancada del fondo del corazón de su hermana por la misma violencia de la borrasca que en él había ella desencadenado, tal como el derretimiento de las nieves remueve las piedras mejor hundidas en el lecho de un torrente, la condesa contempló con aire estúpido á la esposa del banquero, el fuego del terror secó sus lágrimas y sus ojos permanecieron fijos é inmóviles.

—¿Acaso te encuentras tú también en un abismo, ángel mío?—preguntó en voz baja.

—Déjalo, que mis males no pueden calmar los tuyos.

—Dímelos, querida mía. Aun no soy bastante egoísta para no escucharte. ¿Sufrimos, pues, todavía como en nuestra juventud?

—Pero sufrimos separadas—respondió melancólicamente la mujer del banquero.—Vivimos en dos sociedades enemigas. Si voy á las Tullerías, tú no estás allí. Nuestros maridos pertenecen á dos partidos contrarios. ¡Yo soy la mujer de un banquero ambicioso, de un mal sujeto, ¡ángel mío querido! tú lo eres de un ser noble, bueno, generoso...

—¡Oh! nada de reproches—dijo la condesa.—Para hacerlos sería preciso que una mujer hubiese experimentado el tedio de una vida monótona y descolorida, que hubiese salido de ella para entrar de lleno en el paraíso del amor: sería me-

nester que conociera la ventura de sentir toda su vida unida á otra existencia, de embriagarse con las emociones infinitas del alma de un poeta, de vivir doblemente; acompañarle en sus excursiones á través de los espacios y del mundo de la ambición, sufrir con sus pesares, elevándose con las alas de sus inmensos placeres, mostrándose sobre un vasto escenario, y todo ello fingiendo tranquilidad, frialdad y severidad en presencia de un mundo que lo observa. Sí, querida mía, tendrás á veces todo un océano en tu corazón, y te hallarás en tu casa como nosotras aquí, sentada en un confidente, al amor de la lumbre. ¡Qué ventura es, no obstante, el tener constantemente un interés enorme que multiplica y dilata las fibras del corazón, el no mostrarse indiferente por nada, el tener la vida pendiente de un paseo, en el cual verá entre la muchedumbre unos ojos radiantes que eclipsan al mismo sol, hoy conmovido por su tardanza, mañana leyendo en ellos el deseo de matar á un importuno que le está robando uno de esos raros momentos en que la felicidad palpita en las venas más insignificantes! ¡Qué embriaguez y qué delicia es el vivir así! ¡Ah! querida mía, vivir de este modo, cuando hay tantas mujeres que están pidiendo de rodillas emociones fugaces que se les escapan! Piensa, hermana mía, que esos poemas sólo tienen una época: la juventud. Después viene el invierno, el frío. ¡Ah! si tú llegarás á poseer esas vivientes riquezas del corazón y de súbito te vieras amenazada de perderlas... ¿qué harías?

La señora de Tillet se cubrió el semblante con las manos, espantada de oír tan horrible antífona.

—Muy lejos estaba de dirigirte el menor reproche, amada mía—exclamó después de un rato de silencio, contemplando el semblante de su hermana cubierto de ardientes lágrimas.—En un momento acabas de arrojar sobre mi alma más tizones de los que se necesitan para enjugar mi llanto, pues la vida que sobrellevo justificaría en mi conciencia un amor como el que acabas de pintarme. Déjame creer que, si nos hubiéramos visitado con mayor frecuencia, no habrían llegado las cosas al punto donde hoy se encuentran, pues de conocer mis sufrimientos, habrías apreciado mejor tu bienestar: y tal vez enardeciéndome para la resistencia, me hubieras hecho feliz. Tu desventura es un mero accidente que obviará la suerte, en tanto que la mía es de todos los instantes. Para mi marido, yo no soy más que un objeto de lujo, la enseña de su ambición, una de sus vanidosas satisfacciones. Para mí no hay afecto

verdadero ni confianza; Fernando es seco y pulido como este mármol—dijo golpeando la campana de la chimenea.—Con sus eternas desconfianzas, sé de antemano que me negará cuanto le pida y solicite por ser yo quien lo desee. Por el contrario, en lo que halaga sus debilidades ó anuncia su fortuna, no repara en gastos ni sacrificios. A este efecto, decora mis gabinetes con un lujo regio y gasta cuantiosas sumas en el servicio de la mesa: criados, palco, carruajes y todo cuanto trasciende al exterior, es del gusto más refinado. Su vanidad es pródiga hasta el extremo, y así como es muy capaz de mandar guarnecer con las más ricas blondas los pañales de sus hijos, no oír sus gritos, ni adivinará sus necesidades. ¿Me comprendes? Cubierta de diamantes aparezco en la corte y los salones; y sobrecargada así de ricas bagatelas, has de saber que no dispongo de un sólo céntimo. Esta señora de Tillet, envidia tal vez de cien mujeres, que aparenta nadar en oro, no posee la suma de cien francos, pues si el padre se cuida poco de sus hijos, no es extraño que se preocupe menos de la madre. ¡Ah! ¡bien rudamente me ha hecho sentir que me compró y que mi fortuna personal, de la cual no dispongo, le ha sido arrancada! A pesar de esto, si sólo se tratara de él, tal vez conseguiría seducirle: pero sufre además una influencia extraña, la de una mujer de más de cincuenta años, llena de pretensiones y que tiene la virtud de dominarlo; es la viuda de un notario. Conozco, pues, que sólo después de su muerte seré libre. Aquí mi vida está regularizada como la de una reina: lo mismo que en tu palacio, el almuerzo y la comida se me anuncian á toque de campana. Sólo puedo salir de casa á una hora dada, para ir al bosque, acompañada de dos criados con grandes libreas, debiendo regresar invariablemente á la misma hora todos los días. En vez de dar órdenes, las recibo. En el baile y en el teatro, viene un criado y me dice: «El carruaje de la señora está dispuesto.» Y muchas veces, cuando estoy en mis delicias, me obligan á ausentarme. Fernando se enfadaría si me separara de la etiqueta creada para su esposa, y, francamente, Fernando me da miedo. Entre esta malhadada opulencia sufro graves pesares, y á veces recuerdo á mi madre, y se me representa buena, pues ella á lo menos nos dejaba libres las noches, durante las cuales podíamos hablar de nuestras cosas. En una palabra, siquiera entonces veía á mi lado á una criatura que me amaba y sufría conmigo, en tanto que aquí, entre la suntuosidad de esta morada, se me figura encontrarme en medio de un desierto.